

CAPITULO LVII

Abdicacion de Mad. Billot.

Las dos mugeres unieron toda su atencion para escuchar las voluntades de aquel honrado padre de familia.

Pitou no ignoraba las grandes dificultades de su mision, pues habia visto demasiado tiempo á aquellas dos mugeres, para conocer en la una la costumbre del mando y la inmutable independencia de la otra.

Catalina, muchacha tan amable, tan laboriosa, tan buena, habia llegado á adquirir por medio de las buenas cualidades un gran ascendiente sobre todas las personas que la rodeaban,

Pitou, al esponer su mision, comprendia todo el placer que iba á causar á la una y el dolor que iba á hacer sentir á la otra.

La señora Billot, reducida á un papel secundario, le parecia una cosa anormal, absurda. Esto engrandecia á Catalina respecto á Pitou y Catalina no tenia necesidad de ello en las presentes circunstancias.

Pero él representaba en la hacienda á uno de los heraldos de Homero, una boca, una memoria, no una inteligencia, y Pitou se espresó en los terminos siguientes :

— Señora Billot, el deseo de vuestro marido es que os fatigúeis lo menos posible.

— ¿Que queréis decir? dijo la buena muger con alguna sorpresa.

— ¿Qué significa la palabra fatiga? preguntó Catalina.

— Significa, contestó Pitou, que la administracion de una hacienda como la vuestra es una obligacion que lleva consigo demasiado cuidado... Que es preciso hacer compras, convenios...

— Y bien, dijo la buena muger.

— Hacer pagos...

— ¿Y qué?

— Vigilar las labores...

— Ya lo sé.

— Cuidar de la recoleccion.

— ¿Y quién dice lo contrario?

— Nadie, señora Billot, nadie; pero para hacer las compras es preciso viajar.

— Para eso tengo mi caballo.

— Para verificar los pagos es preciso regatear, disputar.

— No tengo huesos en la lengua.

— Para las labores...

— ¿Y qué no estoy acostumbrada á una continua vigilancia?

— ¿Y para la recoleccion? eso ya es otra cosa; es preciso ocuparse de hacer la comida á los trabajadores, ayudar á los carreteros...

— Todo eso no me asusta y nada me dá que temer respecto al bienestar de mi casa.

— Pero señora Billot...

— En fin, ¿qué hay?

— Tanto trabajo y luego la edad...

— ¡ Ah! exclamó la señora Billot, echando á Pitou una mirada de desagrado.

— Venid en mi socorro, señorita Catalina, dijo el pobre muchacho, viendo que sus fuerzas se debilitaban á medida que la situacion se hacia mas dificil.

— No sé qué puedo hacer para auxiliaros, dijo Catalina.

— Pues bien, ello es preciso concluir de una vez, repuso Pitou; Mr. Billot no tiene una esposa para abrumparla con tantas fatigas y ha elegido otra persona para que la releve de ellas.

— ¿Y á quién ha elegido para eso? preguntó Mme. Billot, trémula de admiracion y de respeto.

— Ha escogido á una persona que es mas fuerte, y que es vuestro marido, que sois vos. Ha escogido para esa mision á la señorita Catalina.

— ¡ Mi hija Catalina para gobernar la casa! exclamó la anciana con un acento indefinible de desconfianza y de celos.

— Bajo vuestras órdenes, madre mia; se apresuró á decir la jóven ruborizándose.

— No, no, prosiguió Pitou, que desde el punto que habia conseguido lanzarse, no conocia ya freno. Yo tengo que cumplir mi comision enteramente. Mr. Billot delega y autoriza á la señorita Catalina para que le represente en su ausencia y para que corra con todos los asuntos de la casa.

Cada una de estas palabras autorizadas por la verdad, penetraba en el corazon de la dueña de la casa; pero era tal la bondad de aquella naturaleza, que en lugar de dejar desbordar la indignacion y los celos por aquel ataque contra su autoridad, la disminucion de su categoría la halló mas resignada, mas obediente, mas firme, en la creencia de la infalibilidad de su marido.

¿Billot podia por ventura equivocarse? ¿Se podia desobedecer á Billot?

Estos fueron los dos únicos argumentos que se hizo á sí misma madama Billot.

Y desde aquel instante cesó toda idea de resistencia.

Miró á su hija, en cuyos ojos solo vió pintada la modestia, la confianza, los mejores deseos de cumplir su mision, la ternura y el respeto inalterables.

Esto acabó de rendirla completamente.

— Mr. Billot, dijo, tiene razon; Catalina es jóven, tiene talento y no deja de ser testaruda.

— ¡Oh! sí, dijo Pitou, seguro de que halagaba el amor propio de Catalina al mismo tiempo que la lanzaba un epigrama.

— Catalina, prosiguió la señora Billot, soportará las fatigas de los viages mas facilmente que yo y podrá mejor que yo vigilar á los trabajadores. Hará mejor las ventas y comprará con mas acierto. Sabrá hacerse obedecer.

Catalina dejó escapar una sonrisa.

— ¡Ay! continuó la buena muger exhalando un suspiro. ¡Hé ahí á mi hija que va á tener que recorrer dia y noche el campo! que va á ser la depositaria del dinero, que va á andar de viage á cada momento, y que va á trasformarse en un hombre...

Pitou interrumpió á Mme. Billot.

— Nada temais, dijo, por la señorita Catalina; aquí estoy yo que la acompañaré á todas partes.

Esta generosa oferta que Pitou creyó deberia producir un favorable efecto, le valió una mirada tan estraña por parte de Catalina, que le dejó desconcertado.

Las megillas de la jóven se cubrieron de un vivo carmin, no como el que se presenta en las mugeres cuando tienen alegría, sino como el encendido y desigual colorido que se estiende por un semblante que revelando por un doble síntoma la doble operacion del alma, su causa primera denuncia á un mismo tiempo la cólera y la impaciencia, el deseo de hablar, la necesidad de tener que guardar silencio.

Pitou no era hombre de mundo y estaba poco versado en coloridos.

Pero habiendo conocido, no obstante, por la fisonomía de Catalina que no estaba muy satisfecha:

— ¡Qué! dijo con una agradable sonrisa que puso al descubierto sus poderosos dientes bajo sus gruesos labios; ¡qué! ¿os callais, señorita Catalina?

— ¿Ignorais, señor Pitou, qué habeis dicho una solemne necedad?

— ¡Una necedad! exclamó el pobre amante.

— ¡Pardiez! dijo la señora Billot: estará de ver mi hija acompañada por un guardia de corps.

— ¡Pero en el campo, en los bosques!... dijo Pitou con un acento tal de doble sencillez que hubiera sido un crimen reirse de él.

— ¿Ha entrado eso tambien en las instrucciones de mi marido? Continuó la buena muger que mostraba cierta disposicion para los epigramas.

— Oh! ese seria un oficio de vago que mi padre no puede haber aconsejado á Mr. Pitou, y que Mr. Pitou no habria seguramente aceptado de mi padre.

Pitou dirigia alternativamente sus grandes ojos desde Catalina á la señora Billot; todo el edificio que habia levantado en su imaginacion se venia abajo.

Catalina como verdadera muger, comprendió la dolorosa decepcion de Pitou.

— Señor Pitou, dijo, ¿habeis visto en París por ventura á las muchachas comprometerse de ese modo, y llevando á su lado á los jóvenes?

— Pero vos no sois una muchacha cualquiera, sino la dueña de la casa.

— Vamos, basta de hablar, dijo ásperamente la señora Billot : pues hay demasiadas cosas que hacer. Ven, Catalina, te pondré en posesion de la casa en cumplimiento de la voluntad de tu padre.

Entónces dió principio ante los ojos del consternado Pitou una ceremonia que no dejó de tener cierta grandeza y cierta poesia á pesar de su sencillez.

La señora Pitou sacó todas las llaves y las fué entregando una por una á Catalina, dándole la cuenta de la ropa blanca, de los vinos y de las provisiones. Pasó revista á los armarios de ropas marcadas con el año 1738 ó 1740, en uno de los cuales, y en un cajon secreto, guardaba Billot sus papeles, sus luises de oro y toda la riqueza y los archivos de la familia.

Catalina se dejó investir con la mayor gravedad de todo el poder y de toda la responsabilidad doméstica: hizo muchas preguntas á su madre, meditó profundamente sobre cada una de las palabras de las respuestas, y una vez recibidos los datos y los detalles, pareció encerrarlos en lo mas profundo de su memoria y de su razon, como un arma reservada á las exigencias de una lucha que iba á comenzar.

Despues del exámen de los objetos, la señora Billot pasó al de los animales domésticos, cuyo exámen fué hecho con la mas escrupulosa minuciosidad.

Carneros buenos y enfermos, corderos, cabras, gallinas, pichones, caballos, bueyes y vacas.

Pero todo esto no pasaba de ser una operacion demera fórmula.

Nadie mejor que Catalina conocia todas aquellas aves y aquellos corderos que eran de su intimidad hacia tiempo; nadie mejor que ella sabia el número de palomas que mu-

chas veces la rodeaban en las espirales de su vuelo, subiéndose en sus hombros, despues de haberla saludado con el movimiento de vaiven que caracteriza á la raza de los osos. Los caballos relinchaban al acercarse Catalina y solo ella sabia hacerse obedecer de los mas fogosos de estos animales. Uno de ellos, potro criado en la casa, habia llegado á ser un caballo padre, indomable, y rompía en la caballeriza trabas y ronzales por ir á buscar en las manos y en los bolsillos de Catalina las cortezas de pan duro.

Algunos seres humanos tienen en su mirada una fascinacion que seduce ó una fascinacion que aterroriza; sensaciones ambas tan poderosas, para con los animales que estos jamás pueden sacudir su influencia.

¿Quién no ha visto á los feroces toros mirar melancólicamente por espacio de algunos minutos al niño que les sonríe sin conocer el peligro?

¿Y quién no ha visto á ese mismo toro fijar su mirada inquieto y asustado sobre el robusto vaquero que le contiene con su vista como con una muda amenaza? El animal baja la cabeza, parece prepararse para luchar; pero sus pies han echado raices en el suelo y se estremece sojuzgado por un vértigo irresistible; el toro tiene miedo.

Catalina ejercia una de estas dos influencias sobre todo lo que la rodeaba; era á la vez tan apacible y tan firme, tenia tanta dulzura y tal fuerza de voluntad, tan poca desconfianza y tan poco temor, que el animal delante de ella contenia todos sus belicosos y dañinos instintos.

Y esta influencia era aun mayor respecto á las personas. El encanto de aquella virgen era irresistible, ningun hombre en toda la vecindad habia dejado escapar una sonrisa al hablar de Catalina; los que la amaban la codiciaban para esposa; los que no la amaban la hubieran querido para hermana.

Pitou, con la cabeza inclinada, con los brazos caidos y sin poder pensar en nada, seguia maquinalmente á la jóven y á su madre en aquella ceremonia.

Ninguna de las dos mugeres le habia dirigido la palabra. Pitou estaba allí como un guardia de honor, y su casco y

su equipo, no dejaban de hallarse en armonía con el papel que representaba.

Después de terminada la inspección de los animales, se procedió á la revista de los criados de la casa.

La señora Billot los hizo formar en semicírculo, y se situó en el centro de él.

— Hijos míos, les dijo; vuestro amo se detiene algún tiempo en París y ha escogido una persona para que le represente en su ausencia y á quien debemos todos acatar.

La persona elegida es mi hija Catalina que veis aquí; ved que jóven y fuerte. El amo ha obrado con mucho acierto. Así es que desde este momento la dueña de todo es Catalina. Ella paga y cobra. Yo seré la primera en el cumplimiento de sus órdenes, los que la falten á la obediencia serán castigados por ella.

Catalina no añadió una sola palabra al discurso de su madre y la dió un cariñoso abrazo acompañado de un beso.

El efecto de este abrazo y de este beso fué mas poderoso que todas las palabras. La señora Billot derramó abundantes lágrimas; Pitou no pudo ménos de enternecerse.

Todos los criados aclamaron á su nueva soberana.

Desde el mismo momento entró Catalina en el ejercicio de sus funciones. Cada criado recibió su orden y salió á cumplirla animado de la mejor voluntad.

Pitou, que se quedó solo, concluyó por acercarse á Catalina y la dijo:

— ¿Y yo?

— ¿Vos...? Pues es verdad; pero nada tengo que mandaros.

— Y qué, ¿he de estar sin hacer nada?

— ¿Qué es lo que queréis hacer?

— Lo que hacía antes de mi viaje.

— Antes estábais al cuidado de mi madre.

— Pero ahora vos sois el ama y os pido trabajo.

— No lo tengo para vos.

— ¿Por qué razón?

— Porque vos sois un sábio, un señorito de París quién no convienen los rudos trabajos del campo.

— ¡Es posible! exclamó Pitou.

Catalina hizo un signo afirmativo de cabeza.

— ¡Yo un sábio! repitió Pitou.

— Sin duda.

— Pero mirad mis brazos, señorita Catalina.

— No importa.

— En fin, señorita Catalina; dijo el pobre muchacho lleno de desesperación; ¿por qué razón bajo pretexto de que soy un sábio, me queréis dejar morir de hambre? ¿Ignorais que el filósofo Epícteto trabajaba para comer? ¿Que el fabulista Esopo ganaba el pan con el sudor de su frente? Y sin embargo eran personas que sabian mas que yo.

— Y ¿qué queréis hacerle?

— Pero Mr. Billot me habia recibido en su casa como criado y seguramente me envía aquí para que me quede en ella.

— Sea en buen hora, pues mi padre podia emplearos en trabajos que yo, hija suya, no podria imponeros.

— No me los impongais, señorita Catalina.

— Sí; pero entónces estaríais ocioso y eso es lo que yo no puedo permitir. Mi padre tenia derecho de hacer como amo, lo que yo no puedo hacer como delegada suya. Yo administro sus bienes y es preciso que sus bienes produzcan.

— Pero yo trabajaré y daré ganancias; estais, señorita Catalina, dando vuelta en un círculo vicioso.

— ¿De veras? exclamó Catalina que no comprendia las frases de Pitou. ¿Y qué es un círculo vicioso?

— Se llama círculo vicioso á un razonamiento erróneo. Dejadme en la hacienda al cuidado de las aves si lo teneis á bien. Entónces conoceréis si soy un sábio ó un holgazán. Ademas teneis que llevar los libros de las cuentas; hay que ordenar y clasificar los papeles, y ya sabeis que mi especialidad era la aritmética.

— Esa no es suficiente ocupación para un hombre, dijo Catalina.

— ¿Pero entónces yo no sirvo para nada?

— Seguid en la hacienda, dijo Catalina endulzando el tono de su voz; yo reflexionaré, y ya veremos en qué podeis ocuparos.

— Pedís tiempo par reflexionar si debo ó no quedarme en la hacienda. ¿Pero qué os he hecho yo señorita Catalina? ¡Ah! no érais así en otro tiempo!

Catalina se encogió imperceptiblemente de hombros.

No tenia buenas razones con que contestar á Pitou, y sin embargo era evidente que su insistencia la cansaba.

Así es que cortando la conversacion.

— Basta de palabras, señor Pitou, dijo; voy ahora á Laferté-Milon.

— Pues yo voy á ensillar vuestro caballo, señorita Catalina.

— Nada de eso, quedaos aquí.

— ¿Y os negais á que os acompañe?

— Quedaos, dijo imperiosamente Catalina.

Pitou permaneció como clavado en el suelo, bajando la cabeza y procurando ocultar una lágrima que abrasaba su párpado como si hubiera sido de aceite hirviendo.

Catalina salió dejando á Pitou en aquel estado y dió á un criado orden de que ensillase su caballo.

— ¡Ah! exclamó Pitou, me hallais cambiado, señorita Catalina, pero realmente no soy yo, sino vos la que ha variado enteramente.

CAPITULO LVIII

Lo que decide á Pitou á abandonar la hacienda y á volver á Haramont, su única y verdadera patria.

Mientras tanto la señora Billot, resignada á las funciones de súbdita, habia vuelto á sus ocupaciones, sin afectacion, sin resentimiento y con la mayor voluntad del mundo.

El movimiento interrumpido por un momento en toda aquella gerarquía agrícola, volvía á imitar el interior de la colmena por su agitacion y su ruido.

En tanto que disponian el caballo de Catalina, entró esta, lanzó una mirada á Pitou, cuyo cuerpo permaneció inmóvil, pero cuya cabeza giró como una veleta siguiendo los movimientos de la jóven, hasta que hubo desaparecido por la puerta.

¿Qué es lo que buscaba allí Catalina? se preguntó á sí mismo Pitou.

¡Pobre Pitou! Catalina iba á peinarse, á ponerse una gorrita blanca y unas medias mas finas.

Luego así que hubo acabado de arreglarse y oyendo á su caballo que piafaba á la puerta, dió un abrazo á su madre y partió.

Pitou sin tener en que ocuparse, poco satisfecho con la mirada medio indiferente, medio misericordiosa que Catalina le habia dirigido al partir, no pudo resolverse á permanecer en aquel estado de incertidumbre.

Desde que Pitou habia vuelto á ver á Catalina, parecía que la vida de esta le era absolutamente necesaria.

Además, en el fondo de aquel ánimo pesado y soporoso se agitaba pausadamente una sospecha á la manera de una péndola.

Es una cosa inherente á las almas resueltas el percibirlo todo á una igual distancia. Estas naturalezas perezosas no son menos sensibles que las demas, pero ellas sienten sin analizar.

El análisis es la costumbre de gozar y de sufrir; es preciso haber contraido cierto hábito de sensaciones para contemplar su tristeza en el fondo del abismo que se llama corazon humano.

Así es que no hay ancianos sencillos.

Luego que Pitou oyó las herraduras del caballo que se alejaba, corrió hácia la puerta. Entónces vió á Catalina que seguia una estrecha senda de travesía que conducia desde la hacienda al camino real de Laferté-Milon y que terminaba al pie de una pequeña montaña cuya cima se perdía en medio de la selva.

Desde el umbral de aquella puerta, Pitou envió á la jóven su adios lleno de dolores y de afectuosa humildad.

Y así que envió este adiós se puso á reflexionar.

Catalina podía prohibirle que la acompañara; pero no impedirle que la siguiera.

Catalina podía decir á Pitou: yo no quiero veros. Pero no podía decirle: yo os prohibo que me veais.

Pitou reflexionó que puesto que no tenía otra cosa que hacer, nada podía impedirle seguir de lejos á Catalina. De esta manera podría verla á lo lejos y á través de los árboles sin ser visto por ella.

Desde la hacienda á Laferté-Milon había solo legua y media.

Legua y media de ida y legua y media de vuelta eran muy poca cosa para Pitou.

Además Catalina se dirigía al camino por una senda que formaba ángulo con la selva, de suerte que siguiendo la perpendicular, Pitou economizaba un cuarto de legua. Así es que la jornada quedaba reducida á dos leguas y media solamente.

Dos leguas y media no eran nada para las descomunales zancas de Pitou.

Apenas Pitou concibió este proyecto cuando lo puso en ejecución.

En tanto que Catalina se dirigía al camino real, Pitou agazapándose para no ser visto detrás de los árboles, se adelantaba hácia la selva.

En un momento llegó á la entrada de ella y se lanzó bajo los árboles con ménos gracia pero con mas rapidez que un corzo espantado.

De este modo corrió un cuarto de hora, al cabo del cual pudo distinguir el camino real.

Entónces se detuvo y se apoyó contra una enorme encina que le ocultaba enteramente tras de su rugoso tronco, seguro de que se había adelantado á Catalina.

Y sin embargo de todo, esperó diez minutos, un cuarto de hora, y no divisó á nadie.

¿Se habría olvidado de alguna cosa y habría tenido tal vez que volver á la hacienda?

Esto nada tenía de extraño.

Pitou se acercó al camino con las mayores precauciones, adelantó su cabeza por entre dos hayas que lindaban con él y dirigió su vista hácia la llanura; pero sin divisar nada.

Catalina había sin duda olvidado alguna cosa y vuelto á la hacienda.

Pitou volvió á ponerse en marcha. O Catalina no había llegado aun, y entónces la vería entrar, ó bien habiendo ya entrado la vería salir.

Pitou abrió el compás de sus largas piernas y se puso á medir con él el espacio que le separaba de la llanura.

Pero en la mitad de su carrera se detuvo; Catalina había seguido una estrecha senda á cuya entrada se leía sobre una piedra:

Senda que conduce desde el camino de la Ferté-Milon á Boursonne.

Pitou levantó la vista, y á la estremidad opuesta de la senda divisó, confundido á una gran distancia en el azulado horizonte de la selva, el caballo blanco y el corpiño encarnado de Catalina.

Estaba, como hemos indicado, á gran distancia; pero ya sabemos que no había distancia para Pitou.

— ¡Ah! exclamó este lanzándose de nuevo á través de la selva; segun eso no va á Laferté-Milon, sino á Boursonne.

Y á pesar de todo yo no me he equivocado; ha repetido Laferté-Milon lo ménos diez veces. La han dado encargos para Laferté-Milon y la misma señora Billot ha hablado de Laferté-Milon.

Y diciendo estas palabras, Pitou seguía siempre corriendo, y corriendo cada vez con mas velocidad.

Esto provenía de que impulsado por la duda, por esta primera mitad de los celos, Pitou había dejado de ser un bípedo y parecía una de esas máquinas aladas, que los grandes mecánicos de la antigüedad soñaron con tal exactitud y que ejecutaron tan mal.

Las descomunales piernas de Pitou señalaban ángulos de cinco pies de abertura, y sus brazos semejantes á dos péndolas en movimiento, se agitaban como dos remos.

Jamás caballo alguno se vió animado por aquel ardiente deseo de correr.

Ningun leon sintió jamás un ansia tan voraz de alcanzar su presa.

Tenia Pitou que recorrer mas de media legua al sitio en que habia visto á Catalina, y antes que esta hubiese avanzado un cuarto de legua se halló en él.

De manera que habia corrido con doble velocidad que la que lleva un caballo al trote.

Por último consiguió colocarse en una línea paralela á la de aquella.

Hallábase á unos quinientos pasos de los límites de la selva en el lado opuesto á aquel por donde habia entrado en ella.

En este punto se hallaba Boursonne.

Catalina se paró y Pitou hizo otro tanto.

Ya era tiempo, pues el pobre amante se hallaba tan fatigado que apenas podia respirar.

No era únicamente por ver á Catalina por lo que la seguia Pitou, sino por velar por ella, y para ver lo que iba á hacer allí.

Catalina habia mentido: ¿y con qué objeto?

Para reconquistar sobre ella cierta superioridad, era menester cogerla en flagrante delito de mentira.

Pitou destruia cuantos obstáculos se oponian á su paso, bien penetrado y abriéndose camino con su casco ó cortando las malezas con su sable.

Pero como Catalina seguia el camino al paso de su caballo, de vez en cuando el ruido de las ramas rotas llegaba á sus oidos.

Entónces Pitou se detenia un instante para tomar aliento, hasta que Catalina seguia su camino.

Esto no podia durar así mucho tiempo.

Pitou oyó relinchar el caballo de Catalina y otro relincho contestó á este.

Pero no se podia divisar aun al caballo que contestaba. Catalina entónces sacudió los lomos de Cadet con una

varita que llevaba en la mano y Cadet volvió á tomar el trote.

Al cabo de unos cinco minutos y gracias á este aumento de velocidad, Catalina llegó á reunirse con un ginete que por su parte salia á su encuentro con no ménos ardor al parecer.

El movimiento de Catalina habia sido tan rápido y tan inesperado, que el pobre Pitou se habia quedado inmóvil y de pie en el mismo sitio, levantándose sobre la punta de los pies para poder ver á mayor distancia.

Y verdaderamente mediaba demasiada distancia para poder ver. Pero si Pitou no pudo ver, pudo sentir una especie de emoció eléctrica, producida por la alegría y por el carmin que coloreó las mejillas de la jóven, por el ardor febril que se pintó en sus ojos constantemente tan tranquilos y serenos.

No pudo distinguir quién fuese el ginete, porque la distancia le impedia reconocer las facciones; pero reconociendo en su porte, en su levita de caza de terciopelo verde y en su sombrero, que debia pertenecer á la clase elevada de la sociedad, su imaginacion le representó al momento al agraciado bailarín de Villers-Cotterets.

Su corazon, su boca, todas las fibras de sus entrañas se estremecieron á un mismo tiempo produciendo un sonido, un nombre: el de Isidoro de Charny.

Y él era en efecto.

Pitou exhaló un suspiro que se asemejaba á un rugido mas que á otra cosa, y adelantándose á todo correr por la selva, llegó á distancia de veinte pasos de los dos jóvenes demasiado ocupados entónces para poder distinguir si el ruido que oian era causado por algun cuadrúpedo ó por algun bípedo.

Con todo el ginete se volvió hácia el lado donde estaba Pitou, se levantó sobre los estribos y dirigió una mirada.

Pero al mismo tiempo Pitou se tendió en el suelo boca abajo.

En seguida se deslizó como una serpiente, y llegando á

diez pasos de los interlocutores pudo escuchar su conversacion.

— Buenos días, Mr. Isidoro, decia Catalina.

— ¡Mr. Isidoro! exclamó Pitou. Bien me habia yo figurado.

Y entónces sintió sobre su pobre corazon un peso como el de un caballo y un ginete.

Y entónces fué cuando esperiméntó toda la fatiga, resultado de aquel trabajo que la duda, la desconfianza y los celos le habia hecho llevar á término por espacio de una hora.

Los dos jóvenes colocados frente á frente, habian soltado á un mismo tiempo las bridas de los caballos para cogerse de las manos, mientras que estos se acariciaban mutuamente como antiguos amigos.

— Os habeis retrasado hoy, Mr. Isidoro, dijo Catalina, rompiendo el silencio.

— ¡Hoy! repitió Pitou; segun eso parece que los demás días no se retrasa.

— No ha consistido en mí, querida Catalina, respondió el joven: me ha detenido una carta de mi hermano que he recibido esta mañana y á la cual he tenido que contestar sin pérdida de correo. Pero nada temais, y mañana seré mas puntual.

Catalina se sonrió y Charny apretó aun mas la mano que aquella le abandonaba.

— ¿Segun eso teneis noticias recientes de París? preguntó aquella.

— Sí.

— Pues yo tambien, dijo Catalina sonriendo. ¿No me dijisteis días pasados que cuando sucedia una cosa parecida á dos personas que se aman, era porque habia simpatías entre ellas?

— Es cierto; pero decidme; ¿cómo es que vos habeis recibido tambien noticias, hermosa Catalina?

— Por Pitou.

— ¿Y quién es ese Pitou? preguntó el joven noble con

un acento burlon que hizo cambiar en carmesí el encarnado color de las mejillas de Pitou.

— Ya sabeis quien es; Pitou es aquel pobre muchacho que mi padre recogió en la hacienda y que me daba el brazo el domingo anterior.

— ¡Ah! ya me acuerdo, dijo Charny; ¿es uno que tiene unas rodillas muy gordas?

Catalina se echó á reir. Pitou se sintió humillado, rabioso. Dirigió una mirada á sus rodillas que le parecieron deformes realmente y se volvió á dejar caer en el suelo.

— Vamos dijo Catalina, no trateis tan cruelmente al buen Pitou. ¿Sabeis lo que me proponia hace un momento?

— No, pero decidmelo; eso me divertirá, encantadora Catalina.

— Pues queria nada ménos que acompañarme á Laferté Milon.

— A dónde no ireis, ¿eh?

— No, pues ya sabia que me debíais esperar aquí.

— ¿Y por qué no habeis aceptado la oferta de ese amable joven? nos hubiera entretenido.

— No siempre, repuso riendo Catalina.

— Teneis razon, Catalina, dijo Isidoro fijando en la hermosa arrendataria sus ojos brillantes de amor.

Y al mismo tiempo estrechó entre sus brazos el rostro encendido de la joven. Pitou cerró los ojos para no ver, pero no se acordó de cerrarse los oidos para no oir y el ruido de un beso llegó hasta ellos.

Pitou entónces se arrancó un puñado de cabellos.

Cuando volvió en sí, ambos jóvenes habian puesto sus caballos al paso y se alejaban poco á poco.

Las últimas palabras que Pitou pudo percibir fueron las siguientes.

— Sí, teneis razon, Mr. Isidoro, paseemos un poco; aun puedo permanecer aquí una hora, y luego me la harán ganar las piernas de mi caballo; es un buen animal y no di á nada.

Y aquí cesó de oir, pues la vision desapareció. Una

profunda oscuridad se derramó por el alma de Pitou lo mismo que se iba derramando por la naturaleza, y el pobre muchacho se quedó entregado á su dolor.

La frescura de la noche le volvió en sí.

— No volveré á la hacienda, dijo; allí no haria otra cosa que sufrir humillaciones: allí comeria el pan de una muger que ama á otro hombre; á un hombre, lo confieso, que es mas buen mozo, mas rico, mas elegante que yo. No, mi puesto no está en Pisseleux, sino en Haramont; Haramont es mi país, y allí encontraré tal vez personas que no echarán de ver que mis rodillas sean gordas ó delgadas.

Y dicho esto, Pitou sacudió sus piernas y se encaminó á Haramont, donde sin que él pudiera presumirlo, su reputacion y la de su casco y su sable le habian precedido, y donde le esperaba, ya que no la felicidad, al ménos un destino glorioso.

Ya se sabe que es propio de la pobre humanidad el no hallar nunca una felicidad.

CAPITULO LIX

Pitou orador.

Pitou, al llegar á Villers-Cotterets, á eso de las diez de la noche, despues de haber salido de aquel punto seis horas antes, y de haber hecho aquel acelerado viage, Pitou, decimos, conoció que por aburrido que estuviese, valia mas detenerse en una buena cama, que no dormir al aire libre bajo alguna haya ó alguna encina de la selva.

Porque llegando á Haramont á las diez y media de la noche, no habia que pensar que le abriesen la puerta de ninguna casa, haciendo ya hora y media que sus habitantes estaban entregados al sueño.

Pitou se detuvo, pues, en la fonda del Delfin, donde mediante una moneda de treinta sueldos, tuvo una excelente cama, un pan de cuatro libras, un pedazo de queso y una de cuartilla de cidra.

Pitou se hallaba á la vez molido y enamorado, engañado y aburrido; de aquí resultó entre lo fisico y lo moral una lucha, en que, lo moral, victorioso en un principio, sucumbió al cabo.

Es decir, que desde las once á las dos de la madrugada Pitou lloró, suspiró y dió vueltas en la cama sin poder reconciliarse con el sueño: pero á las dos, rendido por el cansancio, cerró los ojos para no volverlos á abrir hasta las siete.

Si bien es cierto que á las diez y media de la noche todo el mundo está durmiendo en Haramont, no lo es ménos, que á las siete todos están ya de pie en Villers-Cotterets. Pitou al salir de la posada del Delfin, pudo, por lo tanto, contemplar el efecto que producía de nuevo su casco y su sable.

Habia andado apenas unos cinco pasos, cuando se encontró rodeado de una multitud de personas.

Indudablemente Pitou habia adquirido una gran popularidad en el país.

Pocos viajeros llegan á obtener un éxito tan brillante. El sol que dicen luce lo mismo para todo el mundo, no siempre brilla con el resplandor favorable para las personas que vuelven á su país con el designio de ser profetas.

Verdad es que no sucede á todos el tener una tia gruñona y avara hasta rayar en ferocidad, como lo era la tia Angélica, y no todos los que pueden despachar un gallo con arroz de una manera tan digna, suelen tener escudos de oro que ofrecer en cambio de él.

Y lo que es aun ménos frecuente, aquello cuyo origen remonta á la Odisea, es el volver con un casco en la cabeza y un sable en la cintura, sin mas equipo militar.

Porque, preciso es confesarlo, lo que mas llamaba la atencion en Pitou, era su sable y su casco.

Ya hemos visto que á no ser por los crueles dolores de su enamorado corazon, todos hubieran sido triunfos y satisfacciones para Pitou.

Así es que algunos vecinos de Villers-Cotterets, que